

EL ESCOLAR Popayán

y dentro la empresa salvadora de la vía férrea, hará de ese lugar un emporio de trabajo y de riqueza; le dará nombre al país, y en vez de las corchias de otros tiempos, tendremos una bellísima y elegante población; así me lo prometo y así ha de suceder. Hoy mismo se construyen habitaciones particulares y establecimientos públicos de mérito notable, ¿qué mucho que con el trascurso de algunos años cambie por completo y mejore del todo? Los pueblos no han nacido para la inacción, y en ese hay los elementos más que suficientes para dejarse llevar por el movimiento del siglo y el empuje material é intelectual, de los países verdaderamente progresistas. No digo que llegue á ser el primero, pero sí confío en que no será de los últimos en la América española.

Acaso el amor patrio me haga divagar; perdóneseme vaya esto, como un recuerdo de las playas que escucharon mi primer ay, que oyeron mi primera sonrisa y sobre las cuales di mis primeros vacilantes pasos por el áspero sendero de la vida.

Rosa Fletcher.

EL CARACTER

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

(Continuación.)

El diapason de la moral pública, en materia de dinero, era entonces muy bajo. La especulación política no tenía nada de vergonzoso, y los jefes de partido no tenían escrúpulo alguno en apelar al tesoro del Estado para atraerse partidarios. Eran generosos, pero á expensas de los demás. Esto se asemeja algo á aquella pulla de antaño:

Al magnate generoso,
Cuyo noble patriotismo
Mandó levantar un puente...
A expensas del municipio.

Cuando Lord Cornwallis fué nombrado virey de Irlanda, invitó vivamente para que el coronel Napier, padre de los Napiers, aceptase el nombramiento de contralor general de la caja del ejército. "Necesito," dijo, "un hombre honrado, y ese es el único destino que he podido arrancarles á las arpas que me rolean."

Es fama que lord Clatsam fué el primero que se manifestó desdeñoso de gobernar por medio de rateros, y su ilustre hijo fué igualmente íntegro en su administración. Mientras que por sus manos pasaban grandes caudales, Pitt se mantuvo siempre pobre, y pobre murió. Ninguno de los libelistas que desahogaron su odio contra él, osó poner en duda su probidad.

En un tiempo las ganancias de los empleos fueron enormes. Audley, el célebre estadista jinglés del siglo diez y seis, una vez que le preguntaron cuánto valía su empleo que había comprado en la Court of Wards, contestó: "Puede producir algunos miles de libras al que desee entrar directamente al cielo; otro tanto al que no tema al purgatorio, y quien sabe cuánto al que no le tenga miedo al diablo."

Si Walter Scott era honrado hasta el fondo de su naturaleza, y sus constantes y valorosos esfuerzos para pagar sus deudas, ó más bien las de la Socie-

dad á que él había pertenecido, nos han parecido siempre uno de los más bellos rasgos que ofrece su biografía. Cuando su editor y su impresor quebraron, su ruina pareció inevitable; pero no le faltaron simpatías en tan grande infortunio. Encontró amigos que le ofrecían conseguir dinero suficiente para que se pudiese arreglar con sus acreedores; pero él contestó con arrogancia: "No! esta mano derecha bastará para salvar mi situación!" Si hemos de perder todo lo demás, le escribía á un amigo "conservemos al ménos intacto nuestro honor."

(1) Mientras que su salud empeoraba día por día por exceso de trabajo, continuó escribiendo "como un tigre," según su propia expresión, hasta que le fué imposible coger la pluma y aunque pagó con la vida sus esfuerzos supremos, no por eso dejó de salvar su honor y su respeto para consigo mismo.

Sabido es como Scott produjo sin interrupción su *Woodstock*, la *Vida de Napoleon* (que él pretendía había de ser la causa de su muerte), (2) artículos para la *Quarterly Review*, las *Crónicas de la Campaigne*, *Misceláneas en prosa*, y los *Cuentos de un abuelo*. Todas esas obras fueron escritas en medio de sufrimientos, de angustias y de ruina, y el producto de ellas les fué entregado á los acreedores. "Sin eso"—escribía al—"yo no hubiera podido dormir tranquilo ahora, con la impresión agradable que me proporcionan los agradecimientos de mis acreedores, y el sentimiento íntimo de que he cumplido con mi deber como hombre de honor. Veo ante mí un sendero largo, escabroso y oscuro, pero que conduce á una reputación sin mancha. Si sucumbo en el camino, como es muy probable, moriré al ménos honorablemente; si acabo mi tarea, tendré el reconocimiento de todos los interesados, y la aprobación de mi propia conciencia."

Dió además á la luz pública otros artículos, memorias, y hasta sermones, la *Bella de Perth*, una edición enteramente revisada de sus novelas *Anna de Geierstein*, y nuevos *Cuentos de un abuelo*, hasta que tuvo un ataque repentino de parálisis. Pero apenas hubo recobrado fuerza suficiente para coger la pluma, cuando volvemos á ver á sir Wolter Scott sentado en su escritorio, escribiendo las *Cartas sobre la Demonología* y la *Hechicería*, un volumen de la *Historia de Escocia*, para la Enciclopedia de Lardner, y la cuarta serie de los *Cuentos de un abuelo*, en su *Historia de Francia*. En vano le ordenaron los médicos que renunciara á su trabajo, porque no lograron que se resolviera á hacerlo. "En cuanto á impedirme que trabaje"—dijo un día al Doctor Abercrombie—"sería más fácil decirlo á Molly que pudiese una cafetera en el fuego y que le dijese: cafetera, no huelas!" Y añadió: "si no estuviese sin ocupación me volvería loco!"

(1) El capitán Basil Hall cuenta la siguiente conversación que tuvo con Scott: "Lo que me sorprende, le dije, es que se le dé tanta importancia á la pérdida de la fortuna, que es el menor de los grandes males de la vida, y que debería figurar entre los más soportables.—¿Os parece poca desgracia la de quedar uno arruinado? me preguntó.—Es ménos dolorosa, en todo caso, que la pérdida de los amigos.—Convengo en ello, me dijo.—Que la pérdida de la reputación.—También es cierto.—Y hasta que, la de la salud.—Ah! ya... murmuró en voz baja, con un tono tan triste, que yo hubiera querido no haberle dicho nada.—¿Qué significa la pérdida de la fortuna cuando uno conserva la paz del corazón? continuó yo.—En suma, dijo el alegremente, que sería peor para un hombre el verse hundido hasta las orejas en deudas que no pueda satisfacer?—Todo depende, creo de las circunstancias, de la rectitud del que las ha contraído, y de los esfuerzos que haga para saldarlas.—Por ese lado, me respondió con aire resuelto y alegre, espero que no podré hacérselo cargo alguno."

(2) "Estas batallas, escribía él en su diario, que han hecho parecer tanta gente, serían también causa de mi muerte."

1581

PROYECTO DE INVESTIGACIONES
LA PRACTICA PEDAGOGICA
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA